



como puede captarse la forma como se entrecruzan los problemas filosóficos sobre la lógica con los problemas más inmediatos del sentido de la vida y el misterio de la muerte. Sin embargo, en los *Notebooks 1914-1916*, se cuelan algunas observaciones que dejan entrever la influencia de Lev Tolstoi, y con ello, el halo místico que corona la estructura lógica del *Tractatus*:

Crear en Dios quiere decir comprender el sentido de la vida.

Crear en Dios quiere decir darse cuenta que con los hechos del mundo no basta.

Crear en Dios quiere decir ver que la vida tiene sentido.

El mundo me viene dado; esto es, mi voluntad se allega al mundo enteramente desde fuera como teniéndoselas que haber con algo acabado.

(Qué es mi voluntad es algo que todavía ignoro). De ahí que tengamos la sensación de depender de una voluntad extraña...

Sólo quien no vive en el tiempo, haciéndolo en el presente, es feliz.

Para la vida en el presente no hay muerte.

La muerte no es un acontecimiento de la vida. No es un hecho del mundo (Cf. 6.4311).⁵

Hasta donde alcanzo a ver, Wittgenstein no conoció en ese entonces la postura anarcopacifista de Tolstoi y en particular, su llamado a la no violencia. De cualquier forma, antes de caer preso en las cercanías de Trento, otro joven judío, pero de origen alemán, era herido de gravedad y hecho prisionero cerca de Génova. Se trataba de Karl Löwith, quien después de la guerra se convertiría en discípulo de Husserl y Heidegger.

México y la Primera Guerra Mundial

Pedro Siller Vázquez*

El 31 de julio de 1914, el periódico editado en la capital de la República *El Imparcial*, colocó a ocho columnas la noticia: “¡Guerra!, gritan en todo Europa” y al día siguiente añadía la nota del ministro plenipotenciario de México en Berlín, don Miguel Beistegui, en el sentido de que el conflicto en Europa era inevitable: Alemania, Rusia, Inglaterra, Francia y por supuesto, Austria y Europa Central estaban ya en pie de guerra. Por su parte, los Estados Unidos proclamaban su neutralidad aunque todos sabían que era temporal en tanto se preparaba para dicho combate.

Para México la sorpresa fue enorme. El país se encontraba en crisis desde el inicio de 1911 y la esperanza de encontrar la paz estaba fundada con mucho, en la ayuda de Europa para encontrar una sa-



Física y moralmente extenuados por la larga lucha, algunos soldados alemanes se rinden a los aliados en el sector de Vauxaillon.



Fecha de recepción: 2014-10-07
Fecha de aceptación: 2014-10-16

⁵ *Diario filosófico (1914-1916)* trad. Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera, Planeta, México, - De Agostini, 1986, pp. 128-129 (8.7.16).

* Docente-investigador de la UACJ.



lida a la violencia revolucionaria. La guerra nos aislaba completamente del viejo Continente.

A partir de agosto se suspendieron los servicios postales transportados por los barcos mercantes y también los giros bancarios junto con otros servicios. No podíamos contar tampoco con préstamos y, por supuesto, los mercados financieros europeos se encontraban hundidos por la incertidumbre junto con los pocos bonos mexicanos que aún circulaban.



Un carro Renault FT 17, en la retaguardia de Juvigny en agosto de 1918, se apresta a apoyar una acción ofensiva de las tropas francesas.

Por si fuera poco, además de la Guerra Civil, el 20 de marzo de 1914 bajo el pretexto de un desaire a su bandera, los norteamericanos invadieron el Puerto de Veracruz. La invasión norteamericana, compuesta de 17 acorazados, 9 cruceros y otros barcos más de apoyo, llegó apenas a tiempo para evitar la primera de varias entregas de parque y armas alemanas a México en el recordado buque Ipiranga. La guarnición evacuó el Puerto por órdenes de Victoriano Huerta, pero los cadetes de la escuela naval

desobedecieron el mandato e iniciaron su defensa; se retirarían hasta el 23 de noviembre de ese año.

Apenas un mes antes, como muestra de lo pintoresco y no menos sangriento de su periodo, el presidente Huerta, asediado por los rebeldes constitucionalistas, repudiado por los norteamericanos y aislado de Europa por la geografía y la marina norteamericana, renunció el 15 de julio de 1914; su mensaje de despedida fue una advertencia de lo que estaba por venir: "Dios los bendiga a ustedes y a mí también". Cuando salió de la Cámara de Diputados después de entregar su renuncia, un grupo de manifestantes le silbó ofensivamente y gritó algunas imprecaciones en su contra, por lo que los enfrentó diciendo: "Ya no ladro, pero todavía muerdo, jijos de la chin...", y al decir eso su rostro tomó tal expresión que los inconformes decidieron disolverse corriendo por la calle.¹ Y salió al exilio una semana después, a la entonces neutral España.

Un testigo de esos días, Rafael Fernández MacGregor, escribió:

Recordaré mientras viva aquel mes de julio (1914). Los barruntos de desquiciamiento europeo, después del crimen de Sarajevo, se materializaron. Una mañana estando en la librería de Charles Bouret para satisfacer mi afición al libro, llegó hasta allí, salida de *El Imparcial*, la terrible noticia de la declaración de guerra de Alemania a Rusia. Si un rayo hubiera caído a mis pies no me hubiera causado mayor estupor: ¡la guerra en Europa! La cuna de la civilización de nuevo arrasada por las invasiones. ¡Las grandes potencias destruyéndose entre sí agostando el sueño de paz que había nacido de La Haya! ¿Qué le podría sostener ahora a la humanidad? ¿Cuál redentor salvarla?²

¹ José López Portillo y Weber "José Refugio Velasco, soldado", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*. XX, 4 (enero-marzo, 1961), pp. 42-88.

² Rafael Fernández MacGregor, *El río de mi sangre*. FCE, México, p. 235.



Y el pesimismo no era menor en otro escritor, Ezequiel A. Chávez:

Sumidos como estábamos en la angustia, viendo irse a pique las instituciones que creíamos inmortales; amenazados en nuestra seguridad personal, la de nuestros seres más queridos y los más preciados de nuestros bienes, arrastrados por la tempestad interior aún magnificada por el huracán de los conflictos extranjeros [...] cuya iluminación deslumbrante rayaba el horizonte más allá de las fronteras...³

Ambos conflictos, el interior y el exterior, eran uno solo para los mexicanos, como si fuesen la anunciación del fin del mundo:

[hasta entonces] en la imaginación de la mayoría de los mexicanos Europa aparecía como próspera y sabia, erudita e inteligente; se la imaginaban plena de concordia y de seguridad de tal manera que la creían incapaz de lanzarse a la guerra, esta aventura trágica. Así que la primera impresión fue de estupor: “¡Cómo, —decían en voz alta muchos mexicanos—, los europeos también! Entonces nosotros no somos los únicos, ellos tampoco han encontrado, como nuestro pobre país, otra manera de arreglar sus diferencias que no sea ese medio arcaico que es la guerra.”

A la salida de Huerta, la presidencia cayó en manos de Francisco Carbajal, un abogado conocido por sus dotes de conciliador, pues había representado a Porfirio Díaz en las conferencias de paz en Ciudad Juárez en 1911; desempeñó el cargo de ministro de la Suprema Corte de Justicia y otras actividades fuera propiamente de la política partidista.

A Carbajal le tocó negociar con Alfredo Robles Domínguez —un antiguo revolucionario desde los tiempos del Partido Antirreeleccionista— la entrega de la ciudad

de México en poder de los constitucionalistas, por supuesto, ya sin combates ni nada. Curiosamente también había sido así en junio de 1911 cuando Robles Domínguez organizó la entrada triunfante de Madero a la ciudad de México.

El 9 de agosto de 1914, cuando Europa contaba ya con más de tres mil muertos en los primeros combates, se firmaron los Tratados de Teoloyucan que implicaban la desaparición del antiguo ejército federal y el advenimiento del nuevo, revolucionario y constitucionalista.

Muy pronto Carbajal renunció y como era costumbre, salió de Veracruz rumbo al exilio. El gobernador del Distrito Federal Eduardo N. Iturbide, fue quien personalmente entregó la ciudad a Álvaro Obregón. Paulatinamente fueron entrando las fuerzas revolucionarias y las federales se retiraron poco a poco. Con la renuncia de Carbajal, es decir, la desaparición del Ejecutivo y la disolución del ejército, el Estado mexicano, que había vivido una lenta agonía los últimos tres años se caía como un castillo de naipes.⁴ Esta etapa de un intenso proceso de formación del Estado Nación en México había durado 47 años, es decir, desde la entrada de Benito Juárez a la ciudad de México, al recuperarla de manos de los franceses el 15 de julio de 1867 a la renuncia de Carbajal. Durante los próximos tres años, hasta la promulgación de la Constitución de 1917 y con la victoria carrancista, el Estado mexicano fue inexistente. Sin gobierno federal, los ciudadanos quedaban completamente a merced de la violencia, del grupo más fuerte en la región, del más desalmado y de la voluntad de Washington para designar al próximo caudillo.

Mientras Europa se debatía en la contienda, en México, Carranza convocó a una convención militar integrada por los gobernadores de los estados, jefes políticos de los territorios y generales



Viens Guillaume!

³ Ezequiel A. Chávez, *L'Opinion Publique Mexicaine et la Guerre Europeene*. Paris, 1916, 40 pp.

⁴ López Portillo y Weber, art. cit., p. 80.



Fecha de recepción: 2014-08-24
Fecha de aceptación: 2014-09-21

constitucionalistas con mando de tropa o sus representantes, lo que se conoció después como la Convención Revolucionaria.

La Convención no logró conciliar los intereses de los revolucionarios y la Guerra Civil continuó. Las desavenencias entre Villa y Carranza provocaron las más terribles carnicerías de la época revolucionaria hasta la desaparición de lo que un día fue la gloriosa División del Norte.

La Primera Guerra Mundial fue un duro golpe para la vocación latina de México, todo hacía pensar que no tenía más salida que la de convertirse en una colonia norteamericana bajo la égida de una especie de Enmienda Platt como la que había sufrido Cuba después de 1898. A pesar de las vicisitudes posteriores, no fue así. Se logró sortear la crisis, aunque no sin raspaduras como la expedición punitiva de 1916. A cien años de distancia aún hay mucho que aprender.



Un gran carro Mark IV de 27 toneladas reposa entre las ruinas de un pueblo francés evacuado por las tropas alemanas.

*Docente-investigadora de la UACJ.

La Primera Guerra Mundial y las vanguardias literarias

Victoria Irene González Pérez*

A finales del siglo XIX y principios del XX, al influjo del desarrollo industrial y la competencia neocolonialista, las grandes potencias económicas se encontraban deseosas de expandir sus dominios en busca de nuevos territorios que les proporcionaran las materias primas necesarias para la producción de sus industrias y funcionaran como buenos mercados. Sumado a esto, muchas regiones manifestaban un auge de sentimientos nacionalistas, hecho que aportaba su cuota de tensión. Estas condiciones derivaron en una escalada armamentista conocida como "la paz armada", que convertía al mundo en una especie de polvorín a punto de explotar.

La muerte del archiduque Francisco Fernando de Austria, a manos de un estudiante serbio, cuando se encontraba de visita oficial en Sarajevo en junio de 1914, desató el conflicto armado.

Desde antes del estallido militar la inestabilidad social constante generaba desasosiego entre la población, pues veían con desencanto que la burguesía, dueña del poder económico y político, demostraba su incapacidad para frenar un enfrentamiento armado y conservar la paz. Los intelectuales y artistas de la época resintieron la situación y vislumbraron el peligro de un mundo incierto, un mundo que dejaba de ser seguro para la humanidad.

Aunado a lo anterior, el desgaste de las formas de expresión estética había ido en aumento. Sus manifestaciones estaban regidas por la ideología y la moral burguesa, así pues, los jóvenes exteriorizaron su repulsa y promovieron, bajo una actitud iconoclasta y contestataria, nuevos senderos que colmaran sus ideales de alejar-